

PICARDIA Y ABANDONO

Picardía y abandono: dos palabras que, como guijarras hermanos, ruedan con frecuencia conjugados en el tierno seno de la vida infantil.

En muchas lenguas y literaturas pasan como sinónimos "menor abandonado" y pillastro, redomado, piltrafa social o, para decirlo de una vez pícaro.

Ante esa fatídica conjunción, se pregunta el psicólogo por qué secreto mecanismo el ambiente de abandono engendra en el menor psicología de pícaro? En otros términos ¿qué fatal relación existe entre abandono y picardía? Todo menor abandonado, por el mero hecho de serlo, ¿está condenado a teñirse con rasgos picarescos?

Problema trascendente que interesa por igual al Sociólogo y Jurista, al Educador y a todo aquel que lleve en su espíritu un jirón de humanismo.

Unas breves consideraciones sobre el concepto y contenido de la palabra "picardía".

¿Qué es la picardía?

Poca luz nos puede dar la etimología de la palabra, en orden a desentrañar su contenido psicológico. Porque mientras algunos autores la quieren derivar de "pica" (y significaría esclavo atado a una pica, según la costumbre romana-Covarrubias), o de la radical *pic* (*picus*), *picar*: el que abre a golpe de pico, de donde evolucionó para significar al mendigo andrajoso y ladrón que, a punta de pico, se abre paso en la vida (Koerting), o porque de picar restos y desperdicios vivía (Diccionario de Autoridades), otros cambian etimologías (v.gr. Bonilla y San Martín: *bikaron*, *bocaron*, *baycara*, *bacara*), o la derivan de la palabra española "bigardo" (*vagó*); o finalmente, como el mismo Covarrubias pretenden que el pícaro, originariamente, era un pobre emigrado de La Picardía!

Nada de cierto, arrojar, pues, estas hipótesis. Eso sí, coinciden, por modo extraño, en acentuar la nota de ser mentiroso (*bocaron*) vagabundo (*baucara*), andrajoso y que, por malas artes, —"a fuerza de pico"— se debate en el gran escenario del mundo, abriéndose brecha.

Tal fue, precisamente, el contenido de la palabra "pícaro" a partir del siglo XVII, como atinadamente observa Pfandl.

"El pícaro del siglo XVII es bribón y holgazán, vagabundo, desocupado, estafador, embaucador, miserable criatura digna de lástima, es un engañador, un cretino y un canalla sin ejemplo, pero no es un criminal. La moderna jurisprudencia le condenaría a cárcel por sus fechorías, pero no a presidio ni a muerte. Su ambiente, la picardía, es el mundo de los que actúan contra la ley y las buenas costumbres que atentan a la vida. El pícaro no es ningún ladrón. Solo es ratero de ocasión y estafador por necesidad o por ligereza, el ladrón es el criminal y el bandido de profesión" (1).

Y más adelante, el mismo autor traza un cuadro magistral que, a pesar de sus proporciones, no nos resistimos a transcribir:

"Intentando concentrar la idea en unas pocas frases podríamos decir el pícaro del siglo XVII es un mozo nacido casi siempre de padres pobres y de baja extracción, rara vez honrados, el cual, por culpa de malas compañías, o por falta de instrucción, al verse lanzado a la confusión de la vida, y entregado a sí mismo, cae en la vagancia, se aparta del trabajo, y lucha contra la vida **como puede**, con osadía y falta de escrúpulos, malicias y malas

(1) Historia de la Literatura Nacional Española en la Edad de Oro, C. IX, El Caballero como Pícaro, p. 293, Barcelona, 1933.

artes, trapisondas y hurtos. Su distintivo exterior es el aspecto andrajoso, pero no la deformidad física. Sus ocupaciones son el pedir limosna, los bajos trabajos de ocación, el vagar perezosamente de ciudad en ciudad, el trato con caminantes, buhoneros y peroleros, con cómicos de la lengua y titiriteros, adivinadores y gitanos, el jugar a carias con ventajas, en una palabra, el ejercicio de toda clase de engaños e intrigas y de bromas graciosas o de mal género. Pero no es de ninguna manera mujeriego ni borracho, ni mucho menos pendenciero, porque le falta valor para ello. Su carácter ha sido envilecido por la ascendencia unas veces, siempre por el medio ambiente. La necesidad de vivir le hace desvergonzado y sin escrúpulos **(que nunca pudieron ser amigos el hambre y la vergüenza**, dice Guzmán de Alfarache); pero a pesar del hambre y los fracasos, del sol y del aguacero en lenguaje real y figurado no quisiera ser otra cosa que lo que es, y no cambiaría su libre y despreocupada existencia por una sedentaria honrada, a cambio de una cama y de un techo. Esto es lo general en el pícaro" (2).

A estos mismos matices ideológicos, respecto del pícaro, llegan los estudiosos de la lengua. Así, por ejemplo, Benot, considera como ideas afines a la "picardía", entre otras las siguientes: impostura, fraude, quiebra fraudulenta, engaño, dolor, estratagemas, falsificación, timo, trápala, truhanería, astucia, gramática parda, destreza garlito, artificio, marrullería, emboscada, pega, engaño, gancho, etc. Como expresiones afines al concepto "pícaro", enumera: engañador, tramposo, timador, espadista, tomador, ratero, carterista, tuno, tunante, pillito de playa, embaucador, gitano, escapillo, pillastre, camándula, camastrón, farfante, hurtador, etc. (3)

No es más parsimoniosa la Academia al dar el doble sentido de la palabra pícaro, el recto y el figurado. "Bajo, ruín, doloso, falto de honra y vergüenza" y dañoso, malicioso en su línea. Tipo de persona descarada, traviesa, bufona, y de no muy cristiano vivir. "Afirmación que confirma con el peso de un refrán "ni a pícaro descalzo, ni a hombre callado, ni a mujer barbado, no le des posada"

La psicología del pícaro es, pues, una especie de crepúsculo entre la honradez nítida y la abierta criminalidad. Desde

esa línea divisoria se puede torcer de rumbo: o hacia las cumbres de la honradez, o hacia los húmedos recodos de la criminalidad.

Campo propicio para que ésta germine y pulule; no pocas veces, sin embargo, se mantiene el pícaro en un difícil malabarismo, orillando la "criminalidad mayor" sin nunca caer en ella.

De este abigarrado modo de ser psicológico, que ha dado origen a todo un género literario —el pícaresco— condensemos algunos rasgos:

1) Vida bohemia, miserable y arrastrada, que va desde el andrajo, como indumentaria, hasta la tahurería o el portón, como vivienda.

2) Amor apasionado hacia la absoluta libertad individual.

3) Acentuación del psiquismo inferior; falta de defensas superiores.

4) Estilo "tortuoso", en la lucha por la vida.

5) Cierta tendencia estoica, humorista y satírica de la vida. Sátira que raya en cinismo.

Vida bohemia! Aunque parezca paradoja, pero hay un no sé qué de romántico y amable, para el pícaro, en su misma miseria. El andrajo representa para él un "visto bueno" que recubre su última moda interior y el capricho recién brotado. Junto con el zaguán, por morada, el andrajo pone su rúbrica al lenguaje sin trabas ni miramientos que se gasta el pícaro. Son su marco.

Y llega un día en que se encuentra líricamente enamorado de su propia vida. Le embriaga ese bogar, sin anclas ni brújula, a la deriva. En el fondo, es un soberano de su voluntad, que hace de la ciudad su propia casa. Como buen bohemio, es un ser desprendido como pudieran serlo la alondra o el jilguero, aves contentadizas que se calientan cuando hace sol y comen de ocasión; pero que, en toda hipotesis, no renuncian al derecho de cantar.

Al mismo tiempo, es un ser interiormente roto, agrietado. Mejor dicho, primitivo e inmaduro. Toda grieta arguye una previa estructura que ha sido descalada; aquí, en cambio, no; ha crecido turgescente el psiquismo inferior; ha irrumpido la reacción primaria, instintiva, y se ha hecho hábito y postura. Falta frenos y compensaciones. Hecho a proceder por cargas emotivas, se siente imperiosamente arrastrado hacia ciertas zonas de interés. lo visual, lo sensible, lo bajo e inmediato.

De ambos factores combinados —amor

(2) *Ibid.*, p. 294

(3) Benot, Diccionario de Ideas Afines.

a la libertad y primitivismo psíquico— brota su estilo de vida. Desprovisto de valores superiores, por una parte, y por otra, ávido de placer inmediato y carente de todo recurso, el pícaro se crea sin escrúpulos, todo un arte de vivir.

Arte refinado, superlativo, como que posee su código, leyes y principios y como que a él se atienen los pícaros de todas las latitudes. El fondo de esa legislación lo forman lo tortuoso y solapado, el zigzag sistemático de la conducta y, como supremo instrumento, la facundia para zurzir mentiras. Estas son dobles: la mentira de la plebe y la mentira vital, histeroide. ¡Cuánto pícaro no adquiere la capacidad de "vivir una situación" con miras interesadas! ¡Y cuánto menor de éstos no resulta un insigne comediante!

"El hambre aguza el ingenio", dice el refrán también lo aguza y afina el imperativo del instinto, desde cualquier ángulo, el pícaro observa y acecha, para caer de improviso, con su paso de felino —entre astuto y resuelto— sobre su víctima. Es una infatigable araña que no se cansa de desplegar las sutiles redes de sus arterias. Pero en ello pone cierto toque de suprema elegancia desprendida. En Londres, un policía acaba de apresar a un muchacho de la picaresca. El menor sonríe con gesto de desprecio. El policía le pregunta extrañado qué ¿no temes la cárcel? "¿La cárcel? La puerta de entrada es la misma que la de salida! Además, en las películas estoy cansado de ver a muchachos que los llevan a la cárcel!" ¿Sí? Pues allí te encerraremos bien. "¡Bah! También he visto y conozco la manera de escaparse!" Este muchacho tiene alma de estoico! Y por añadidura, se considera como el más inocente de los mortales. "Siempre hemos de pagar nosotros las injusticias de la sociedad!"

No sin razón se ha dicho que la psicología del pícaro oscila entre el estoicismo y el cinismo, sin faltarle la visión realista del mundo y la crítica mordaz, nacida del desengaño. De ahí nace extraño que su figura se destacara como protagonista y héroe, en el género a que dió origen, y despertara en torno de sí una corriente de admiración y simpatía.

Para terminar, recojamos, como resumen, las breves pinceladas de Quevedo, en su prólogo a la Historia de la Vida de Buscón, y de Rodríguez Marín en su discurso Preliminar a Rinconete y Cortadillo.

Dice el primero:

"Qué deseoso te considero, lector o oidor, que los ciegos no pueden leer, de registrar lo gracioso de don Pablos, príncipe de la vida buscona! Aquí hallarás en todo género de picardía de que pienso que los más gustan, sutilezas, engaños, invenciones y modos nacidos del ocio para vivir a la droga..." (4)

Y el segundo "La antigua picaresca era la vida birlonga, en todas sus múltiples manifestaciones, en muchas de las cuales se pasaban no pocos trabajos. Las principales variedades de la picardía están indicadas por Cervantes en la vida de Pedro de Urdemalas, que da título a una de sus comedias: fué hijo de la piedra, niño de la doctrina, grumete de la carrera de Indias, esportillero en la Metrópoli andaluza, mandil o mozo de rufián, mochilero, playeador, vendedor de aguardiente y naranja en Córdoba, suplicacionero o barquillero, como decimos hoy, mozo de un ciego rezador de oraciones, mozo de mulas, mozo de un tatur fullero, mozo de labrador y, aun después, farsante. Con todo eso, faltaron a Pedro de Urdemalas, entre otros grados, el de pinche o pícaro de cocina y el de ganapán y palanquín, y, no digo el de trajinador en las almadrabas de Zahara, por entender que en lo de **gentilhombre de playa** quedó incluido, pues de otra suerte habría que estimar que le faltaba el grado de maestro, ya que las tales almadrabas, según Cervantes, eran el finibusterre de la picaresca" (5).

Picardía y abandono

De estas breves reflexiones, tejidas un poco al desgoire y sin lógica trabazón, fácil es descubrir el nexo que existe entre "picardía" y niñez o juventud abandonada.

El abandono (material y moral, se entiende) puede considerarse como Academia Superior de Picardía, y por eso, con frecuencia en ella desemboca.

Todo, efectivamente, se conjura en el estado de abandono para facilitar el "grado" de pícaro al indefenso menor.

Pronto se enamora el menor de su omnimoda libertad. Tanto es así, que a trueque de ella, rechaza resuelto la "jaula dorada" de un instinto reeducador, en cuyos barrotes, según él, se esfuma y marchita

(4) Obras de Don Francisco de Quevedo Villegas, Biblioteca de Autores Españoles, Tomo Primero, Historia de la Vida del Buscón, p. 186, Madrid, 1930.

(5) Cervantes, Rinconete y Cortadillo, Discurso preliminar de Rodríguez Marín, Madrid, 1930.

su caro tesoro. Para su bullente psiquismo, pura lava en ignición, resulta un delicioso estupetaciento todo autoafirmarse, todo "hombrear". ¿No aparece, además, ante su exaltada sensibilidad, esta vida libérrima envuelta en el ropaje de lo aventurero, lo espontáneo, lo nuevo? ¿No hay un sabor picante en el riesgo que se corre en toda aventura? Y todo menor es un terco aventurero, que gusta de amanecer cada día bajo un nuevo sol. Ello pertenece a una tendencia fundamental de su psicología — la autoafirmación— la cual se ejercita a través del riesgo superado o despreciado.

Acaban de acentuar esta postura estoicocínica:

- 1) El ejemplo de compañeros de su edad, que como él, han roto todo freno,
- 2) La convivencia con hombres mayores, especialistas en artes turbias;
- 3) La lección perenne del cine y la prensa que encuadran, en marco fosforescente, la buida truhanería, cuando no el crimen desnudo
- 4) Añádase: el terrible peso de la he-

rencia, por una parte, y por otra, la innata labilidad de la edad infantil y juvenil, cera maleable a todos los influjos.

No es, pues, de extrañar que del seno del abandono surja con frecuencia la sinistra silueta del pícaro, sombrío y sonriente, a la vez, altivo y miserable, sarcástica y pordiosera!

Pero de este estigma lacrante ¿no podrá escaparse ningún menor abandonado? Confesamos que se dan casos en que el menor, por feliz circunstancia, se halla defendido por cierto buen sentido innato, por cierta rectitud y nobleza. Son tal vez los menos. Como ley ordinaria se puede establecer: menor abandonado, menor iniciado "en artes picarescas".

¿Quiere significar esta afirmación que esos rasgos psíquicos adquiridos no puedan desdibujarse y quedar sustituidos por líneas "ritidas, sonoras, de una sana psicología juvenil? De ninguna manera! Pero este problema del índice de regeneración que posee cada menor, por su enorme complejidad, merecería estudio aparte.

Carlos Guillermo Plaza, S. J.

